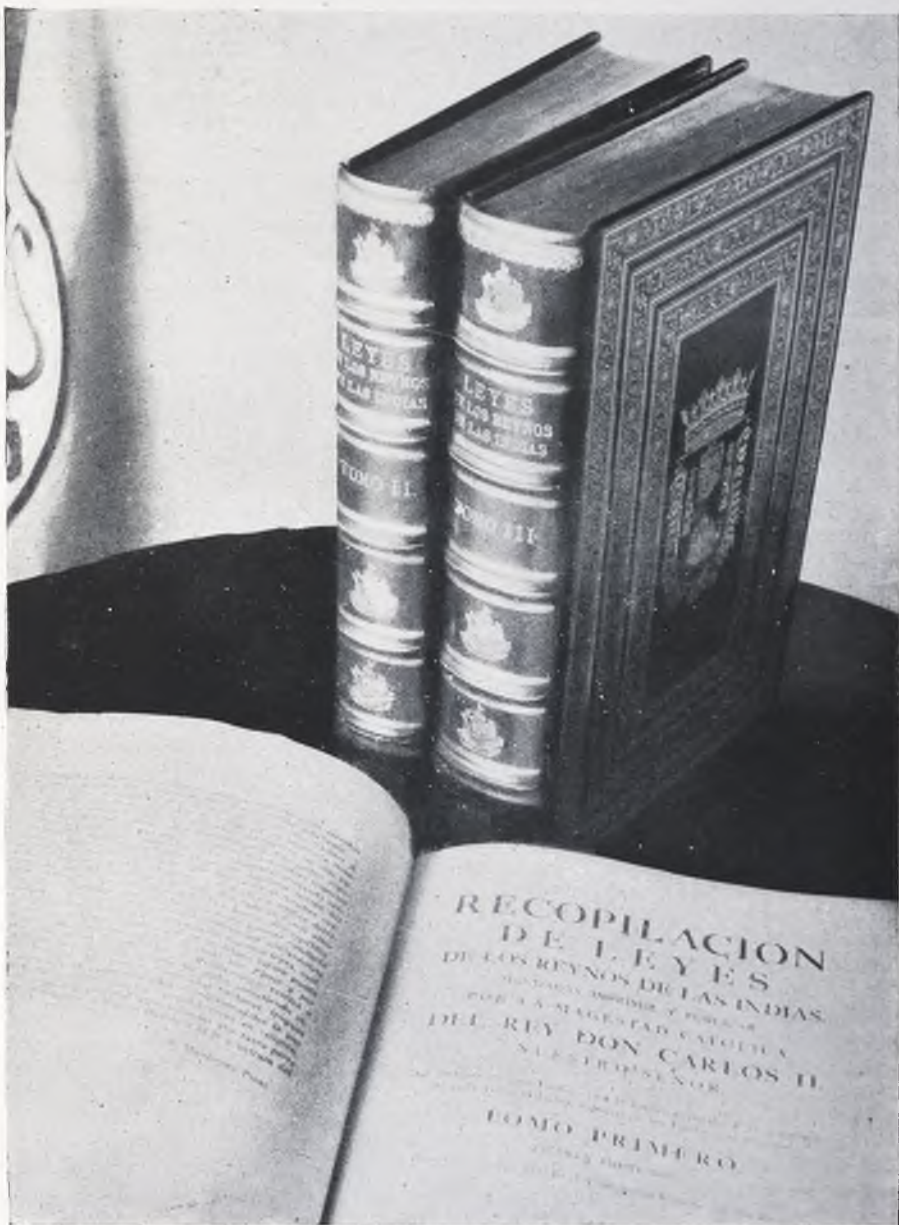


EL CONSEJO DE LA HISPANIDAD Y SU EDICION DE LAS LEYES DE LOS REINOS DE INDIAS

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

«El Imperio Colonial de España duró tres siglos, período casi tan largo como el del dominio de la Roma Imperial sobre la Europa de Occidente. Durante estas diez generaciones, la lengua, la religión, la cultura y las instituciones políticas de Castilla fueron trasplantadas en un área que media veinte veces la de España. Lo que Roma hizo para con España, hizolo a su vez esta nación para con la América española.»

EDWARD GAYLOR BOURNE



1525. Septiembre. Desde Toledo, el embajador de Venecia, Micer Andrés Navajero, escribe al gentilhomme Juan Bautista Ramusio: «Aquí no se encuentra impreso nada sobre las cosas de las Indias, pero con el tiempo os enviaré tanto que os harte». Y también: «He visto en poder del presidente del Consejo de Indias un pájaro que es la cosa más bella del mundo, venido de aquellas tierras, ya muerto, pero maravilloso de ver».

1525. Valladolid. Togas ilustres, cogullas, bandas de maestros de campo de la Casa Real. Viven allí también esos artistas que sesgan y contuercen con su gubia los torsos zozobranes de la Pasión o del Entierro. Quieren que se talle la madera en espiras afanosas hasta hacerla hablar. Anhelantemente se vive y de más allá del horizonte usado trae el aire un desasosiego que es la tentación de la aventura. En tal portada o en tal patio la insinuación renaciente se ha pegado a las piedras mucho antes de que en Portugal la arquitectura manuelina se pasmee ante los bajeles que tornan del fin del planeta. Sí. Valladolid, como Toledo y Salamanca, bajo la caricia que viene por el aire, han despertado con el alma trocada. La ciencia de sus doctores es la misma aún, pero la conciencia no y el gusto menos. Yerra ahora en estas urbes un eco universal que embelesa pecaminosamente corazones castellanos. Es el eco de unas voces que rigen sociedades y enseñan modos nuevos de pulsar y de entender la vida. Momentos hay en que el mundo rejuvenece y vale más, y como él nosotros. Es que resurge de sí y se renueva, y nos cambia mágicamente la Edad de hierro en Edad de oro. A todos, grandes y pequeños de la nación, alcanzan estos instantes. El que tunde, peina o carda la lana, el que curte o zurra el cuero como el que talla la madera, el que repuja o damasquina el metal, el que embrea el costillar del barco o tuerce en el volantín la cuerda de la jar-

cia, todos despiertan como las ciudades en el alma trocada. Esto viene sucediendo cuando el embajador de Venecia ve el pájaro que voló sobre las florestas del trópico. ¡Ah! Del otro Continente que España ha descubierto viene la onda de ventura. El Génesis tiene un octavo día, y el cielo de la Patria otra luz.

1525. El embajador escribe a Ramusio treinta y dos años después que Pedro Mártir de Angleria a don Juan Borromeo, conde de Arna: «Cierta Cristóbal Colón de la Liguria ha vuelto de los antípodas occidentales. Mis reyes le dieron sólo tres carabelas para ese viaje, porque juzgaban fabulosas las cosas que él decía». Fabulosas son, pero están allí para quien ose el viaje. Cientos de españoles de las Españas que son una y las mismas, lo osan. Antes de que transcurra medio siglo estarán allí donde aztecas, incas y araucanos canonizan ídolos de oro. De Castilla, de Extremadura, del Pirineo, del solar andaluz o de Levante son esos españoles que van desde Quito hasta Bogotá a través del Perú, o navegan ríos entre selvas vírgenes como García de Lerma; el Grande del Magdalena descubierto por Rodrigo Bastidas, y como Orellana, Pedro de Ursúa o el Padre Ferrer; el Amazonas, descubierto por Yáñez Pinzón y como tantos más el Orinoco, o reconocen el Mississipi, y si en el Norte peregrinan de Tejas a California, o de Méjico a Kansas, ya han escalado en el Sur las cumbres de los Andes, nunca hasta ellos violadas. Antes aún de que se erijan las ciudades de que son fundadores Cortés, Pizarro, Alvarado, Ayolas, Valdivia, Legazpi o Garay, la huella de los españoles ha quedado, como dirá Pereira, en veinte países, tan distantes unos de otros como Francia de Rusia.

A ese mundo da España sangre, idioma, religión, leyes, costumbres, animales útiles, plantíos, hospitales, escuelas, las artes con que se trabaja en el agro o en la mina, en la forja o en